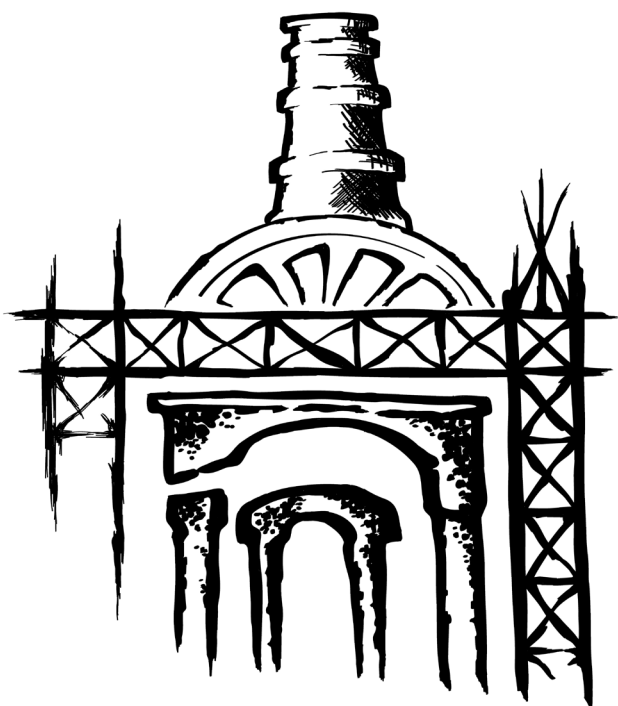


Núm. 4 (2019)

ISSN: 2530-4933



# REVISTA **OtArq**

OTRAS ARQUEOLOGÍAS



# ÍNDICE

## EDITORIAL

L. Alberto Polo Romero y Francisco Reyes Téllez 1

**PERVERSIONES I VERSIONES, EN ARQUEOLOGÍA, DE LA TERMINOLOGIA  
TÉCNICA LATINA. EL CASO DEL *OPUS SIGNINUM*** 5

Josep María Puche Fontanilles

**CARACTERIZACIÓN DE MATERIALES: LA DOCUMENTACIÓN HISTÓRICA  
EN LAS LECTURAS PLANIMÉTRICAS DE FACHADAS** 25

Rosa Bustamante Montoro, Teresa Cabezas González y Elena Díaz Santos

**LIENZOS Y PUERTAS DE LA MURALLA CALIFAL DE CAÑETE (CUENCA):  
ESTRATIGRAFÍA COMPARADA Y SIGNIFICADOS** 41

Michel Muñoz García

**DE LOS LIBROS PERDIDOS DE POSEIDONIOS A LA ETNOLOGÍA COMO  
FUENTE DE CONOCIMIENTO DE LA HISPANIA PRERROMANA** 65

Martín Almagro-Gorbea

**LA ARQUEOLOGÍA EXTENSIVA COMO HERRAMIENTA VERIFICADORA  
DEL PANORAMA TRIBAL SAHARIANO Y SAHELIANO** 93

Antonio Vicente Frey Sánchez y Mariano Sanz Navarro

**LA BIOGRAFÍA ARQUITECTÓNICA: UNA ALTERNATIVA PARA  
CARACTERIZAR LOS ASENTAMIENTOS ILERGETES DURANTE LA ÉPOCA DE  
CONQUISTA** 123

Diana Morales Manzanares y L. Alberto Polo Romero

**ALGUNAS INTERPRETACIONES DEL PAISAJE TARDOANTIGUO: LAS  
NECRÓPOLIS DEL SUR PENINSULAR Y SU ENTORNO** 145

Irene Salinero-Sánchez

**DE LA MATA A LA LATA. ESTUDIO ARQUEOLÓGICO E HISTÓRICO DEL  
PAISAJE DE LODOSA (NAVARRA) EN EL SALTO A LA MODERNIDAD** 163

Francisco Gómez-Diez

**VISIONES DEL OTRO EN UN PAISAJE DE GUERRA: TERRITORIALIZACIÓN  
DEL CONFLICTO EN EL FRENTE VASCO DE LA GUERRA CIVIL (1936-1937)** 187

Josu Santamarina Otaola

|                                                                                                                                                                             |            |
|-----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|------------|
| <b>GEOGRAFÍAS INMATERIALES Y ARQUEOLOGÍA CONTEMPORÁNEA. PAISAJE, IDENTIDAD Y MEMORIA EN LA SIERRA MINERA DE CARTAGENA-LA UNIÓN (MURCIA)</b>                                 | <b>211</b> |
| Óscar González Vergara                                                                                                                                                      |            |
| <b>EL VALOR DE LA ARQUEOLOGÍA EN LA ENSEÑANZA</b>                                                                                                                           | <b>231</b> |
| Antoni Bardavio Novi                                                                                                                                                        |            |
| <b>ARQUEOLOGÍA Y SOCIEDAD EN BRASIL: UNA MIRADA SOBRE LA SOCIALIZACIÓN Y PRESERVACIÓN DEL PATRIMONIO ARQUEOLÓGICO DESDE LA EDUCACIÓN PATRIMONIAL</b>                        | <b>251</b> |
| Alejandra Saladino                                                                                                                                                          |            |
| <b>DE LA INVESTIGACIÓN AL AULA. LA MUSICOARQUEOLOGÍA Y LAS ACTIVIDADES DIDÁCTICAS SOBRE MÚSICA EN LA PREHISTORIA DESARROLLADAS EN EL CAMPO DE APRENDIZAJE DE LA NOGUERA</b> | <b>267</b> |
| Antoni Bardavio Novi y Sònia Mañé Orozco                                                                                                                                    |            |
| <b>BOMBAS GENS. UN EDIFICIO INDUSTRIAL RECUPERADO PARA LA MEMORIA VALENCIANA. ESTUDIO ARQUEOLÓGICO Y VALORIZACIÓN</b>                                                       | <b>289</b> |
| Paloma Berrocal Ruiz                                                                                                                                                        |            |

# **GEOGRAFÍAS INMATERIALES Y ARQUEOLOGÍA CONTEMPORÁNEA. PAISAJE, IDENTIDAD Y MEMORIA EN LA SIERRA MINERA DE CARTAGENA-LA UNIÓN (MURCIA)**

***Inmaterial geographies and contemporary archaeology. Landscape, identity and memory in the Sierra Minera, Cartagena-La Unión (Murcia, Spain)***

Óscar González Vergara  
Universidad de Murcia

## **RESUMEN**

En este trabajo hemos querido mostrar la historia y el estado actual de la Arqueología Contemporánea. Nos hemos centrado en el principal objeto de estudio de esta disciplina (la sociedad contemporánea) mediante el rico paisaje cultural que ha sido generado y que aún hoy pervive en los edificios, las infraestructuras, las máquinas, los paisajes naturales e industriales, su personas. Hemos elegido la Sierra Minera de Cartagena-La Unión (Murcia) como paradigma sobre el modo de analizar arqueológicamente una sociedad contemporánea haciendo énfasis en el paisaje intangible, es decir, una geografía inmaterial que nos permite comprender mejor el modo en que las sociedades actuales construyen su memoria, su identidad. El patrimonio y el paisaje como objetos y sujetos de estudio con una metodología arqueológica que se adapta a las características de una sociedad contemporánea y que usa técnicas que vienen de disciplinas como la Geografía, la Antropología o el Arte. Un método para el estudio arqueológico de las sociedades contemporáneas analizando arqueológicamente su cultura tangible e intangible.

**PALABRAS CLAVE:** Paisaje, industria, memoria, identidad, Arqueología Contemporánea

## **RIASSUNTO**

In questo lavoro abbiamo cercato di mostrare la storia e lo stato attuale dell'Archeologia Contemporanea. Ci siamo concentrato sul principale oggetto di studio di questa disciplina (la società contemporanea), attraverso il ricco paesaggio culturale che è stato generato e che ancora oggi sopravvive presente nella sua edilizia, le sue infrastrutture, le sue macchine, i suoi paesaggi naturali e industriali, le sue persone... Abbiamo scelto la Sierra Minera de Cartagena-La Unión (Murcia) come paradigma sul modo di analizzare archeologicamente una società contemporanea facendo enfasi sul paesaggio intangibile, cioè una geografia immateriale che ci permette comprendere meglio il modo in cui le società attuali costruiscono la loro memoria, la loro identità. Il patrimonio e il paesaggio come oggetti e soggetti di studio con una metodologia archeologica che si adatta a le caratteristiche di



una società contemporanea e che usa tecniche che vengono da discipline come la Geografia, l'Antropologia o l'Arte. Un metodo per lo studio archeologico delle società contemporanee analizzando archeologicamente la loro cultura tangibile e intangibile.

PAROLE-CHIAVE: Paesaggio, industria, memoria, identità, Archeologia Contemporanea,

## 1. INTRODUCCIÓN

En el presente trabajo queremos mostrar algunos de los resultados de nuestra investigación doctoral sobre el análisis arqueológico, paisajístico y patrimonial de la Sierra Minera de Cartagena-La Unión. Para ello, hemos realizado una labor teórica donde, partiendo de las características de las sociedades industriales y contemporáneas, se ha diseñado una metodología arqueológica que en parte del método tradicional y se enriquece de aportes de otras disciplinas (Historia oral, Arte, Geografía o Antropología).

El trabajo que presentamos parte de una concepción arqueológica holística y moderna, recogiendo la tradición que la Arqueología ha tenido a lo largo de su existencia de ir más allá del objeto físico y recrear todo un entorno, una sociedad, una historia. Concebimos la existencia actual de una Arqueología Contemporánea capaz de estudiar y hacer análisis arqueológicos con todas las fuentes a las que tiene acceso, sean estas materiales (edificios, artefactos, infraestructuras, menaje, etc.), paisajísticos (espacios rurales, mineros, urbanos, marítimos; ordenación y jerarquización del territorio; paisajes simbólicos; etc.) y más novedoso aún, incorporar de forma directa aquellos elementos inmateriales que siempre han emanado y se han tratado dentro de los análisis arqueológicos de la cultura material y de los paisajes, pero que por la cercanía de estos “relatos” intangibles a nosotros, creemos necesario incorporar. En este último caso, para recoger convenientemente esa información simbólica, oral y memorística registrada en relatos e historias de vida, toponimia, ritos, etc., el arqueólogo debe acercarse al trabajo de otros científicos sociales y humanísticos.

El objetivo es comprobar la posibilidad de estudiar arqueológicamente la memoria, la identidad y el imaginario colectivo de un entorno y de una sociedad a través de los elementos patrimoniales y los paisajes culturales que han sido contruidos, una geografía inmaterial saturada de elementos intangibles a menudo invisibles al arqueólogo tradicional.



## 2. APROXIMACIÓN A LA ARQUEOLOGÍA CONTEMPORÁNEA

Para que lo señalado en el apartado introductorio tenga sentido y razón de ser, no hemos de dejar de focalizar parte de nuestra atención a la reflexión sobre la posibilidad de estudiar arqueológicamente las sociedades presentes y recientes, así como las características que dicha metodología tendría.

En un primer lugar, podemos atender a la trayectoria histórica de la propia Arqueología, sus disciplinas, especialidades, su teoría y su práctica (Fernández 2000; Gutiérrez 2001; Criado 2012). Por un lado tendríamos especialidades de tipo cronológico, con la ventaja de ir agrandando la horquilla temporal objeto de estudio desde el método arqueológico, permitiendo, según las tendencias historiográficas, el estudio arqueológico de las sociedades posclásicas y posmedievales, medievales, modernas y contemporáneas, etc. Por otro lado, tenemos nuevas disciplinas que inciden en el estudio arqueológico de un tipo de resto (arquitectura, paisaje...), de una actividad (como la industria) o una temática o elemento social y cultural (religión, alimentación, género, etc.). A estas clasificaciones temporales y temáticas se añadirían las geográficas, que tratan del estudio general de las sociedades presentes y pasadas en un determinado territorio.

Podemos observar que la Arqueología Contemporánea tendría varios puntos de desarrollo. Por un lado, la labor desde la Arqueología Industrial en el estudio con metodología arqueológica de edificios, paisajes y cultura relacionados con la Revolución Industrial y los nuevos cambios existentes (Cerdà 2008), completando a las llamadas Arqueologías Posclásicas y Posmedievales al romper la barrera que parecía impedir el estudio arqueológico más allá de contextos clásicos. Dichas experiencias permitieron concebir como arqueológico un estudio que per sé no perseguía la excavación subterránea de unos elementos subterráneos. En cambio se tuvo que perfilar cómo prospectar y excavar los paisajes y las edificaciones, enriqueciéndose y adaptando a los contextos modernos y contemporáneos unas metodologías ya existentes: la Arqueología de la Arquitectura y la Arqueología del Paisaje, así como la Arqueología Urbana, perfilando nuevas formas de analizar desde el siglo XXI la materialidad de los procesos históricos (Quirós 2013), tomando conciencia de la importancia de las numerosas y diversas fuentes conservadas.

Por otro lado tuvieron importancia los proyectos que estudiaban el impacto de procesos de conquista, colonización y descolonización, desde los siglos XV a la actualidad, mostrando la viabilidad de estudios arqueológicos en contextos temporales cercanos a nosotros. Por otro, el estudio arqueológico de los conflictos recientes. Esta arqueología del conflicto y de la violencia no solo ha realizado interesantes y exitosos estudios de sociedades presentes ligadas a conflictos como los de las dos guerras mundiales, los totalitarismos ligados al fascismo, el nazismo



o el comunismo, sino que también ha estudiado otros contextos bélicos como los de las numerosas guerras civiles, de entre las que destaca la Guerra Civil española (González 2016; Ferrándiz 2014). En todos estos estudios se analizan las construcciones y artefactos que permitieron la guerra, tanto activa, como pasiva y defensiva. Se han estudiado búnkeres, trincheras, fosas comunes, municiones, indumentaria de combatientes, campos de concentración, cárceles, etc. Se ha estudiado el registro arqueológico, espacial, escrito y hasta oral de contextos de violencia, guerra, genocidio y represión, etc.

No podemos olvidar los aportes de la Etnoarqueología (González 2003), una disciplina que en la práctica suma los métodos de la Arqueología y la Antropología Sociocultural, en concreto la Etnografía (Díaz 2011; Ferrándiz 2011), para estudiar comunidades del presente, su organización social y política, su religiosidad, su economía..., y cómo van alterando el entorno, generando un registro material y unos paisajes que han servido de gran ayuda a prehistoriadores y arqueólogos estudiosos de sociedades antiguas para realizar estudios comparativos. La gran utilidad de esta metodología estriba en que posibilita estudios comparativos y en que en sí ya es una forma contemporánea de analizar sociedades contemporáneas. Cosa distinta es que dichas sociedades sean contemporáneas en el tiempo pero no a nivel cultural, social o tecnológico, en cuyo caso la utilidad para el arqueólogo contemporáneo estibaría en estudios comparativos con comunidades más recientes.

Todos estos aspectos han ayudado a sentar las bases de una Arqueología Contemporánea que aúne el análisis total desde la Arqueología de todos los elementos de la contemporaneidad, un método que se postula, por lo tanto, inter y multidisciplinar. Para estudiar un patrimonio y unos espacios caracterizados por elementos materiales, inmateriales y paisajísticos, la Arqueología se tiene que empapar del método y las herramientas, e incluso de profesionales, procedentes distintos campos de la Historia, la Geografía, la Antropología, la Arquitectura, la Ingeniería, etc. Y como fin, más que el objeto de estudio, estudiaría el sujeto humano, sus memorias, identidades, imaginarios, todos ellos depositados en el espacio mediante paisajes y patrimonios.

Finalizando, concebimos la necesidad de una Arqueología Contemporánea que estudie los objetos para hacer historia de los sujetos. Partimos de la necesaria y antigua relación entre el hombre y su organización social para con el espacio, y el modo en que históricamente ha ido creando, conformando y construyendo paisajes de muchos tipos. El elemento paisajístico que debiera prestar más atención el arqueólogo sería el paisaje cultural, entendiendo este paisaje como la construcción social y cultural más completa de la presencia humana y de su vida cotidiana en un lugar. Unos paisajes que se construyen con unidades espaciales más pequeñas, y muchas de ellas de carácter simbólico e intangible. Importante



para nosotros son los lugares de la memoria, puntos de unión entre la vida real y la imaginada, la tradición y la innovación. Espacios donde pasado, presente y futuro son recreados constantemente. Por lo tanto, paisaje, patrimonio y símbolos inmateriales dan lugar a un tipo particular de paisaje, el intangible, que remite en un primer momento al modo en que las sociedades pretéritas, recientes y actuales han construido su identidad, su memoria y su imaginario colectivo. Geografías inmateriales que no siempre se corresponden con la realidad histórica y antropológica que reflejan las fuentes documentales. Es por ello que el análisis de estos elementos ayuda a ilustrar con verdad científica las manipulaciones presentes y pasadas con respecto a la Historia y el Patrimonio, pero también ayudan, con la suficiente crítica, a sacar también verdades de contextos donde, a pesar de su contemporaneidad, no quedan restos materiales ni escritos que documenten convenientemente sobre un hecho. He aquí la importancia de excavar y prospectar las memorias de los vivos con una metodología rigurosa y fiable para reconstruir lo que otros documentos no permiten.

### **3. A MODO DE CONTEXTUALIZACIÓN. TIEMPO Y ESPACIO EN LA SIERRA MINERA DE CARTAGENA-LA UNIÓN**

Para contextualizar la sociedad, patrimonio y paisaje objetos de estudio, la Sierra Minera de Cartagena-La Unión, hemos de contextualizar a través del tiempo y del espacio la configuración de lo que parece ser un microcosmos geográfico, social y cultural objeto de muchas síntesis por parte de los investigadores, algunos relatos partiendo de las evidencias puramente históricas (López-Morell y Pérez 2010) y otros, de índole más folclorista y etnológico y etnográfico, útiles por aportar visiones e interpretaciones más cercanas al sentir de la sociedad actual (Saura 2004 y 2016). Sin llegar a configurar regionalismos, la disposición del relieve, la explotación de recursos y la historia de las poblaciones que han ido surgiendo a lo largo de la Sierra Minera, con el municipio de La Unión como centro, sí dota a la zona de ciertos matices que la hacen distinta del paisaje y sociedad mayor que la envuelve. Veremos cómo tres de los elementos que configuran las identidades, memorias e imaginarios colectivos en la Sierra Minera están presentes en otros puntos de la región, como la mina, el campo y el mar, pero en pocos lugares, salvo en la vecina población de Mazarrón (Egea 2015) se pueden encontrar una simbiosis tan fuerte.





Figura 1: Situación de la Sierra Minera de Cartagena-La Unión, el Campo de Cartagena y el litoral mediterráneo. Fuente: Google Maps

Si empezamos por el medio físico, la Sierra Minera es parte de las estribaciones de las Béticas que surcan el sur de la Comunidad Autónoma de Murcia. Se compone de una serie de relieves, no todos unidos, que se localizan al Este de Cartagena y que vienen a morir al Mediterráneo en la zona de Cabo de Palos. Se trata de una Sierra de no mucha altitud, surcada de carbonatos y sulfuros que han permitido la explotación ya desde la Prehistoria y sobre todo en la Antigüedad de formaciones geológicas que permitían la obtención primero de plomo y plata, y ya en la contemporaneidad, de hierro, azufre y zinc entre otros. Esta rica Sierra tiene a su vez la particularidad de discurrir de Oeste a Este, separando casi en dos mitades las franjas meridionales y septentrionales de este sector. Al norte de la Sierra, nos encontramos con poblaciones prácticamente insertas en lo económico y en lo social en la tradición rural del Campo de Cartagena, así como en las numerosas rutas comerciales y de comunicación que iban y venían desde Cartagena al Mar Menor, y desde el Campo de Cartagena, a otras poblaciones más al norte, incluida la capital murciana. Al sur de la Sierra nos encontramos con el mar, y en este caso, hemos de hablar de una configuración poblacional y económica que ha basado sus modos de vida en el mar y no tanto en el campo, con el Mediterráneo como fuente de alimento y de comunicación (Lozano 1986 y 1990). Y en medio, entre el sur marítimo y el norte rural, una amplia franja central con la minería como principal medio de explotación y articulación poblacional.



A lo largo de la Historia, campo, mar y mina parecen haber estado en una endeble armonía. Las zonas ligadas al mar carecían de suficientes espacios para el cultivo. En cambio, eran mucho más viables las actividades ligadas a la pesca y al comercio. Las zonas rurales ligadas al campo cartagenero disponían de amplias zonas de cultivo, sobre todo de secano, y posibilidades de instalación de pequeñas industrias y artesanías ligadas, por ejemplo, a la función tecnológica de los abundantes molinos de viento que transitan en esta zona al norte de la Sierra Minera, ya sean molinos harineros, esparteros, molinos-noria o salineros. Las actividades del campo y las de la mar son más o menos estables a lo largo de la historia, solo a merced de los cambios climáticos y las necesidades de las poblaciones instaladas en el territorio. Cosa diferente pasa con la minería, cuyo recorrido histórico así lo demuestra (Egea 2014) observando periodos históricos donde la minería tuvo mucha importancia salpicado de otros donde ésta casi llega a desaparecer. El gran problema de la minería en la zona es que, por la baja calidad de sus menas y lo riguroso del trabajo de sus yacimientos mineros, esta actividad ha sido rentable sólo cuando se encontraba un filón cerca de la superficie y con bastante pureza, o cuando las condiciones del mercado favorecían su extracción masiva, arrebatando incluso, si hacía falta, mano de obra del mar y sobre todo del campo. Y en dos ocasiones el peso de la minería ha acabado absorbiendo y casi haciendo desaparecer los oficios y actividades ligadas a los otros sectores. El primero fue durante la época romana, donde si bien se atestiguan actividades ligadas al campo y al mar, es la actividad minera y la industria generada la que explican en su mayoría el poblamiento en el lugar. Solo algunos enclaves, como la Villa Romana del Paturro puede tener, además de en la mina, otra utilidad rural, industrial (salazones o esparto) o de recreo, aprovechando las bondades de la Bahía de Portmán y las comunicaciones con la gran urbe del momento, *Carthago Nova*. Los asentamientos rurales de la zona ligados al contexto ocupacional romano parecen ser lugar de vivienda y explotación de recursos agroalimentarios para el abastecimiento de los trabajadores de las minas romanas.

El otro gran foco minero se dio entre fines del siglo XIX y en diversos momentos del siglo XX. En este caso, con la Revolución Industrial triunfante en Reino Unido y gran parte de Europa, y con unos lentos pero cada vez más fuertes vientos industrializadores en la segunda mitad del siglo XIX español, nos encontramos con la llegada masiva de trabajadores de las minas del este de Andalucía (almerienses y jienenses en su mayoría), que se dispusieron a explotar de forma más continua las viejas minas de los romanos que existían en la Sierra Minera, que si bien no habían dejado de ser conocidas e incluso de explotarse durante el medievo cristiano e islámico, y sobre todo en la modernidad, no será hasta época contemporánea cuando la industria minera resurja en la zona al calor de unos precios y demanda nacional e internacional que hacían rentable la minería en la zona, sobre todo de productos como el plomo, hierro, azufre y zinc. En este momento,



la minería tuvo que compartir espacios, inversores e incluso mano de obra con las actividades agropecuarias y las marítimas. Y un caso que refleja fielmente este potencial degradador y transformador de la minería es el ejemplo paradigmático de Portmán (Baños 2012). Por interés minero se destruyó la posibilidad de uso de la Bahía de Portmán que no fuera el de dar salida a los barcos cargados de mineral o entrada a otras embarcaciones cargadas de combustible. Poco a poco la actividad minera acabó destruyendo los usos tradicionales de Portmán, transformando este antiguo espacio marítimo en uno industrial y minero, si bien a nivel popular y en el recuerdo han quedado cultos religiosos, actividades y señas identitarias que conservan y reivindican el pasado ligado al mar. Lo mismo ocurre con las zonas de tradición agropecuaria. En muchos momentos, los empresarios de las minas y las industrias y los del campo tuvieron que ponerse de acuerdo ante la falta de mano de obra que sustentara ambas actividades. Qué duda cabe que las riquezas obtenidas por la minería depredadora y poco sostenible que se instaló en la zona, más aún con la llegada de capitales extranjeros y la formación de los primeros monopolios mineros, eran mayores. Muchos empresarios compraron suelo agrícola para convertirlos en minas o instalar en ellas las infraestructuras necesarias para la explotación de las abundantes minas cercanas. Los propios mineros carecían de espacios para vivir. La conversión de suelo minero y la concentración e especulación de las zonas urbanizables, hicieron que los trabajadores de las minas vivieran hacinados y hasta ocupando espacios marginales como las casas-cueva. Será en el siglo XX, sobre todo en el contexto franquista, cuando se construyan barrios obreros.

Con el tiempo, la identidad rural se ha ido perdiendo, y con ella antiguas tradiciones ligadas al trabajo de la tierra, del esparto, del cultivo y de la ganadería, si bien, como en Portmán, la pérdida no ha sido total y se conservan retazos importantes. Con la llegada de los mineros, fueron las zonas del piedemonte norte de la Sierra las primeras en convertirse en auténticos pueblos mineros. Cosa diferente ocurrió en otros entornos más al norte. Nos referimos a las zonas de El Garbanzal y de Roche, que si bien se encuentran rodeados de importantes explotaciones mineras, las actividades agropecuarias llegaron a rivalizar con las mineras en muchos momentos, hasta el punto de ser prácticamente las dos únicas zonas donde la tradición rural sigue viva, quizás más en la zona de Roche que en El Garbanzal, y otra vez por la minería. Roche está mucho más inserta en el Campo de Cartagena que El Garbanzal. Y este último cuenta con importantes explotaciones mineras íberas y romanas, por lo que llegada la minería contemporánea, será precisamente el Cabezo Rajao, localizado en este entorno, uno de los principales focos mineros.

Es por ello que decimos de la debilidad de la tríada identitaria de la zona. Lo rural y lo marítimo se mezclan de forma desigual con la minería, y depende mu-



cho del contexto histórico en que nos encontremos. Se han ido configurando las señas de identidad que articulan y dan sentido al patrimonio y a los paisajes de la zona, que han ensalzando la importancia de la minería. Hemos de tener en cuenta la capacidad de transformación que esta actividad tiene; una transformación que no es solo destructiva y depredadora en cuanto al medio natural se refiere, sino que hemos de contemplar la gran carga transformadora al alterar sustancialmente las experiencias vitales generacionales. El patrimonio y los paisajes culturales del entorno hablan de la minería, pero también lo que ha sepultado la minería. Habla de geografías materiales, como las que vemos en los paisajes construidos e industriales que nos hablan de la explotación minera y de la vida de una sociedad minera, pero también contempla importantes geografías inmateriales, aquellas que recuerdan, con sus ausencias, que un día Portmán tuvo un mar y que en la zona norte de la Sierra la gente vivía de las actividades agropecuarias. Las ausencias, convertidas ahora en símbolos, permiten analizar cómo se ha ido estratificando y fosilizando el medio natural y antrópico para generar multitud de paisajes engarzados que sólo con una mirada atenta permiten desenterrar los procesos históricos ocurridos en el lugar, y poner matices a las consideraciones identitarias actuales. He aquí la importancia del ejercicio arqueológico de mirar la realidad patrimonial, espacial y social en estratos. Y ello justifica en parte cómo la Arqueología es una metodología apta para resolver muchas de las incógnitas que el patrimonio cultural contemporáneo nos ofrece.

#### **4. PAISAJES CULTURALES DE LA SIERRA MINERA DE CARTAGENA-LA UNIÓN**

##### **4.1. Aspectos introductorios**

Atendiendo a lo especificado hasta el momento sobre el modo en que en la Sierra Minera de Cartagena-La Unión se han ido construyendo las identidades, las memorias y los imaginarios colectivos, podemos afirmar que los paisajes culturales del mismo remiten de nuevo a la tríada mina-mar-campo (González 2015a). Pero como hemos estado matizando, a lo largo del tiempo, y sobre todo desde el siglo XIX, la identidad minera ha ido ganando terreno frente a las demás, que si bien no han llegado a desaparecer sí han visto mermados muchos de sus elementos culturales en favor de los más visibles, transformadores y potentes elementos alusivos a la industria minera. Por tanto, será definitivamente un paisaje cultural que gira en torno a un pueblo y una zona minera, con la mina como principal elemento articulador del paisaje físico y antrópico, salpicado aquí y allá por elementos no mineros o no directamente relacionados con la minería, en estos casos permitiendo rastrear los otros componentes, hoy día mayoritarios, que componen las identidades, las memorias y los imaginarios colectivos de la zona (González 2015b).



En todos estos casos estamos hablando siempre de paisajes contruidos. Paisajes culturales de un entorno que se ha visto altamente transformado por la actividad minera, las infraestructuras que exigía, su peculiar modo de esculpir la tierra y contaminar entornos. Una actividad depredadora, no sostenible, que ha alterado casi ya para siempre los paisajes y la propia sociedad del lugar. Los paisajes antrópicos y simbólicos no iban a ser menos, y como los paisajes naturales e industriales, también recogen los dramas, penas y miserias de una sociedad minera, como las condiciones de vida de los mineros, las desigualdades sociales existentes entre trabajadores y empresarios, la no menos difícil vida de la mujer e hijo de minero, etc. Muestran también los paisajes de migración, de mineros que van y vienen, con toda una carga folklórica detrás que contamina y enriquece el paisaje simbólico y cultural como cuando llegaron los mineros de Almería y Jaén y extendieron sobre la Sierra elementos folklóricos de otro contexto regional como el andaluz.

Estos paisajes culturales, salpicados de minería una y otra vez, remiten siempre al campo de la memoria. Es por ello que se convierten en lugares de la memoria, espacios donde ambas realidades espaciales, la material y la inmaterial, tienen su nexo, y los vivos usan para reafirmar o recrear la memoria heredada (González 2015c), y toma su sentido el concepto de monumento. Para ello sirven elementos aun visibles como las minas, con el icónico Cabezo Rajao, o las numerosas fotografías y narraciones personales que nos hablan de ambientes pasados de trabajadores y bestias trabajando, viudas mendigando, niños explotados en las minas, mucha prostitución en las calles, desigualdad e injusticia que enfrentaban al minero con el empresario, al pobre con el rico. Un paisaje cada vez más lejano que ha servido para vertebrar dos relatos contradictorios, por un lado el mítico, el de la Nueva California, donde todo tiene tintes románticos y de *western* estadounidense. Un lugar y una sociedad que lidiaba con la suerte y las fuerzas de la naturaleza hasta dominarla. Una sociedad que tuvo en la mina y la industria resultante un motor para el progreso, creando su propia utopía. En contra, una paisaje más real y fiel a los documentos históricos que narra episodios menos románticos e idílicos como son el hambre y la miseria, los numerosos accidentes de las minas, las enfermedades del minero, la escasa cultura empresarial de los locales, los intereses de las fortunas foráneas que invertían en la Sierra, etc. Por un lado, un relato que construye con los mismos materiales que el otro una narración y una memoria que enfatiza los logros y minimiza los costos. Por el otro, un relato que sustenta las evidencias arqueológicas, antropológicas e históricas existentes y que denuncia, una y otra vez, las numerosas vidas sacrificadas por el progreso industrial y moderno. El relato mítico cada vez tiene menos predicamento porque el peso de las evidencias impide un relato de tal magnitud cuando al mirar a la Sierra y leer y escuchar relatos de mineros es difícil ya apartar la mirada de lo que disgusta. Con el tiempo, el dulce recuerdo de las ganancias se ha ido esfumando



ante los sinsabores amargos de quienes recuerdan aún hoy las penurias sufridas. Pero no se ha llegado al relato fiel a la historia, sino a uno intermedio, que a la postre, sigue siendo perjudicial cuando las miserias del minero y de su vida se han convertido en meros topos que de tanto repetirlos han perdido casi su sentido y su poder emocional. Baste ver elementos patrimoniales como los cantes mineros, los trovos o la religiosidad minera, que si bien en un principio tienen de positivo el poder conectar el relato histórico con la carga emocional, ligando paisaje, materia y símbolo en un relato memorístico e identitario único que articule un concreto imaginario colectivo, de tanto repetir y vaciar de sentido los símbolos del mensaje, se consigue lamentablemente el efecto contrario. Cada vez menos se cantan los cantes mineros en donde el cantaor recree la mina en su garganta y despedace el alma a golpes de pico y marro. Ya pocos cantan esas letras que en origen eran voceros del malestar social, y muchos son los que cantan unas letras que simplemente son bonitas y atraen. De igual modo, poco trovo va más allá de la rima bonita, y pocas saetas y expresiones religiosas se adentran en las necesidades espirituales de la vida minera y en lo que significó la religión en un contexto donde la Muerte se paseaba a diario. Se ha hecho material el símbolo, se ha colocado en el espacio, se ha hecho visible esa geografía inmaterial, pero esta vez ya sin vida, sentido ni esencia. Hacer real y presente lo inmaterial no solo implica acercarlo al terreno de lo físico sino también recrear las relaciones existentes entre los símbolos que alude y hacer partícipe a quienes integran y se acercan al contexto inmaterial de lo que implican. En este aspecto, por tanto, queda aún terreno en el que profundizar.

#### 4.2. Los paisajes arquitectónicos

Los paisajes arquitectónicos tienen de positivo el no tener esos vaivenes interpretativos. Por un lado por la propia característica de la arquitectura de ser una forma de producción humana que, ante todo, al menos en los movimientos arquitectónicos premodernos, eran funcionales y debían permanecer estables. Pero esa misma característica de la arquitectura para no dejarse tan fácilmente a las modas hace que cuando las formas arquitectónicas cambian sea porque en realidad hay un gran cambio o impacto social. En la zona tenemos, para el periodo que nos ocupa, tres grandes estilos arquitectónicos: el tradicional, el industrial y el ecléctico-modernista. De todos ellos tenemos grandes ejemplos individuales, pero lo que más nos interesa aquí es cómo la arquitectura sirvió para la construcción estética, urbana y simbólica de una sociedad minera. La arquitectura tradicional, de barro y piedra, generalmente de una sola planta y pocas estancias, pronto se vio influida por nuevas modas modernistas. A la zona llegó el modernismo mediante dos grandes escuelas con dos insignes embajadores, la escuela catalana con Víctor Beltrí y la madrileña con Pedro Cerdán. En ambos casos, llegó



impuro, algo “sucio”, todavía cargado de elementos historicistas que impedían al edificio desarrollarse de forma plena en la vanguardia del *Art Nouveau*. Cosa lógica en un espacio como La Unión y su entorno, con unos nuevos ricos nacidos de la reciente empresa minera, y medianas y viejas fortunas que se instalaron e invirtieron pero con gustos menos “modernos”. Pocos edificios en la zona pueden llamarse modernistas, ya que en lo general la moda que triunfó en la zona fue una mezcla ecléctica de elementos clasicistas y orientales aderezados con elementos del gusto modernista.

Las fortunas que no pudieron costearse casas de varias plantas en un estilo que utilizaba la piedra, las columnas de fundición, las escayolas y los frescos en los interiores, las escaleras pétreas con pasamanería de madera y forja salpicada de ventanas con coloridas vidrieras, tuvieron que conformarse con otro tipo de eclecticismo más barato, a saber, el de la arquitectura popular del ladrillo y algunos elementos de la arquitectura industrial y la ecléctico-modernista. Contamos con modestas casas con fachadas de ladrillo visto y decoración concentrada en vanos, balcones y cierres de la fachada. El aparejo en sí, dispuesto de diversa forma, crea bellos motivos vegetales y franjas que dan cierto ritmo a la fachada de ladrillo. Quienes se lo permitían, las decoraciones de vanos y cierres podían ser de piedra, los que no, la piedra artificial, pero en ambos casos imitando formas redondeadas y molduras curvas de la arquitectura modernista en auge. Ventanas y puertas de madera, al ser posible tallada. En muchos casos contemplamos la relativa sobriedad decorativa de la fachada con un interior con escalera y estancias decoradas en paredes, suelos y techos con motivos modernistas.

Finalmente contamos con la arquitectura industrial de la que surge toda la estética modernista e industrial que marcó los paisajes de la modernidad, la industria y el progreso en todo el mundo. Nos encontramos con una nueva concepción de la arquitectura donde la forma y las decoraciones serán cuestionadas por las funciones que se piden a los edificios. Esta arquitectura concebida para construir naves industriales, fábricas, almacenes, etc., si bien tiene mucho de su origen España en las Reales Fábricas borbónicas, marcaron un antes y un después por el uso profuso de materiales más livianos, baratos, abundantes, resistentes, que permitían crear estancias diáfanas y espacios más grandes, con más luz y más ventilación, con mayor resistencia al fuego al limitar el uso de la madera como material sustentante y de cubierta. Ello se combinó con mejoras técnicas como la fabricación de elementos constructivos en serie para un menor tiempo de ensamblaje, o ya más tarde el hormigón armado. En todos estos casos, se buscaba rentabilizar materiales y formas, con técnicas y combinaciones que permitieran resolver técnicamente las necesidades productivas, de infraestructura, residencia, etc., así como la necesidad de albergar en el interior de estos espacios máquinas y sistemas de trabajo que cambiaban con mucha velocidad. Y he aquí otro requisi-



to, tenían que ser edificaciones de fácil construcción, rápidas de levantar y, al ser posible, permitir adaptar el edificio a la nueva situación futura e incluso reciclar sus elementos.

En La Unión y sus alrededores, el paisaje urbano e industrial se encuentra construido de barriadas de modestas casas de ladrillo visto, con algunos edificios más singulares como las sedes institucionales, edificios religiosos y educativos, y algún que otro espacio para el ocio, donde los elementos decorativos de tipo modernista crecían. Las grandes construcciones modernistas quedaban para las casas de los empresarios y ricos del lugar, muchos con fortunas invertidas en la minería, o para el disfrute de todos como en Antiguo Mercado Público. Paisajes contruidos que vienen a plasmar con ladrillo, piedra, azulejo y forja la propia realidad social, los modestos espacios de producción (con su marcada arquitectura funcional e industrial), los espacios de representación familiar y comunitaria (los caserones y palacetes, el Mercado Público), los barrios de los pudientes y los de los pobres. Infraestructuras y construcciones para fines muy diversos que no dejan de marcar la identidad minera de la zona y cómo eran los juegos de poder y representación de esta sociedad minera. Unos paisajes arquitectónicos contruidos en positivo que contrastan con aquellos otros contruidos a ras de suelo y bajo tierra en negativo, con los pozos, galerías, trincheras y cortas que esculpen la Sierra y que sirven casi de acompañamiento a los paisajes urbanos y contruidos.



Figura 2: Fachada Norte del Antiguo Mercado Público de La Unión.



### 4.3. Los paisajes industriales y mineros

Los paisajes mineros e industriales (González y Baño 2014) se pueden considerar en parte paisajes contruidos por las infraestructuras de edificaciones y la ingeniería de trazados de minas. También, paisajes que construyen símbolos, en este caso ligados al progreso, a la memoria y a la cultura del trabajo minero, a las vidas de los trabajadores, a los relatos de luchas entre empresarios y trabajadores, etc. Pero también narran relatos medioambientales y antrópicos con la contaminación como principal elemento destructor del espacio y generador de nuevos paisajes. Para este caso vamos a tomar el ejemplo de la Bahía de Portmán (Cerezo y González 2016; González 2016). Se trata de toda una historia medioambiental y patrimonial caracterizado por ser interminable. Son muchas las consecuencias que la minería ha dejado en este entorno, como sus pozos, sus canteras, sus galerías, sus escoriales, sus balsas de decantación, etc., como el resto de paisajes mineros del entorno, pero tiene de diferente la propia Bahía que por los usos masivos de la industria minera de mediados del siglo XX como vertedero se ha convertido en un elemento orográfico irreconocible, altamente contaminado y con múltiples peligros para el medio ambiente y antrópico (Banos-González y Baños 2013). Se trata de una zona maltratada primero por una minería sin control (la de los Zapata-Maestre, Peñarroya y Portmán Golf), y de forma más reciente, por la especulación del ladrillo y el turismo. Desde que acabaran los vertidos y se pusiera fin a la minería en la Sierra, allá por los años 90 del siglo pasado, muchas han sido las veces que se ha prometido la necesaria regeneración ambiental que nunca llegaba, y ahora que están en marcha los proyectos para su consecución, más que una regeneración se trata más de una reconstrucción de una Bahía ya dañada que se va a rediseñar para servir a otros intereses económicos que no serán ya de tipo minero e industrial, pero sí residencial, recreativo y turístico. Por tanto, la historia de la rehabilitación de este rincón contaminado del Mediterráneo es la historia de una quimera, de un olvido. Ya no se trata de rehabilitar espacios naturales destruidos por la minería sino de rediseñar unos espacios, unos hitos del territorio, una geografía material e inmaterial inserta en la memoria de los habitantes del entorno que van a ver, de nuevo, cómo su histórica bahía, de la que se cuentan historias de cómo los romanos usaban sus playas y fondeaderos, cambia drásticamente. Se trata de un paisaje constantemente dañado. Sin contar las transformaciones precontemporáneas, de mucho menos impacto que las recientes, la Bahía ha soportado su transformación de fondeadero y puerto natural y pesquero a embarcadero minero primero, y en vertedero de residuos mineros después. Hoy, tres décadas después del fin de los vertidos, nos encontramos con un futuro menos seguro, donde a las impactantes transformaciones de la minería de antaño se han de sumar las del ladrillo y del turismo que están por venir.



Estamos ante un paisaje alterado de múltiples formas. La propia actividad minera, sus infraestructuras y residuos, han acabado con la flora, han contaminado los suelos (quedando poco ampos para la agricultura) y han colmatado y contaminado las aguas (desterrando todo uso pesquero o náutico tradicional). Por lo que los problemas en este entorno son algo más que medioambientales y culturales, y tienen cierto carácter ético que nos anima a reflexionar sobre la legitimación que tenemos para alterar de tal forma los paisajes y las memorias ligadas al espacio que han estado construyéndose durante tanto tiempo y que con la capacidad del presente podemos aniquilar en muy poco tiempo. O si es también lícito regenerar paisajes inmateriales y no solo los físicos.



Figura 3: Imagen aérea de la situación actual de la Bahía de Portmán y del estado de las obras de regeneración. Fuente: GoogleEarth

## 5. CONSIDERACIONES FINALES

Concluyendo, el estudio de las realidades inmateriales que conforman el patrimonio cultural es posible siempre que se haga con una perspectiva holística y con una noción de Arqueología moderna y abierta al debate y a la renovación metodológica. Con esta base, un análisis arqueológico del paisaje cultural nos ayuda a jerarquizar mejor los elementos materiales y simbólicos del patrimonio, y muy en especial en el paisaje, en el que hemos querido centrar parte de nuestro discurso.



El paisaje, entendido como patrimonio, en eso que se ha venido en llamar paisaje cultural, sirve de objeto/sujeto clave para el estudio integral de una sociedad al ser posibles análisis no solo del tipo material y espacial, sino de permitir ir más allá y profundizar, prospectar, excavar los estratos y redes de relaciones que componen las memorias, las identidades y los imaginarios colectivos, todos ellos, constructos socio-culturales contruidos a lo largo del tiempo y en relación siempre con el espacio.

La Arqueología Contemporánea que hemos perfilado sería una arqueología por y para la vida cotidiana, contemplando y analizando todas sus realidades, tangibles o no.

Una gran novedad de la Arqueología del Siglo XXI será la de poder incorporar a su bagaje de estudios una metodología para atender las inmaterialidades de los espacios y las cosas que sociedades pretéritas, recientes y actuales han dejado. Ello será una revolución, y serán necesarios esfuerzos para perfilar una metodología adaptada a las realidades del objeto/sujeto de estudio. Una revolución que pronto dejará de serlo al quedar integrada en la propia base del método. De igual modo que muchas disciplinas arqueológicas gozan de respeto por sus estudios arqueológicos sobre edificaciones, paisajes, ritos funerarios o el mar y lo náutico, la Arqueología Contemporánea podrá mostrar un modo de analizar arqueológicamente el presente y el pasado reciente.

Aquí presentamos una propuesta donde sobre un espacio y una sociedad concretos (la Sierra Minera de Cartagena-La Unión) se observa el potencial de esta disciplina y algunos de los aspectos metodológicos y reflexivos de los que puede contar. Con ella podemos debatir sobre la implicación del patrimonio y de los paisajes culturales en la formación de la memoria histórica, en la forja de identidades e imaginarios colectivos que a fuerza de repetirlos dan lugar a regionalismos y nacionalismos en espacios geográficos más grandes, pero también micro-patrias en entornos mucho más reducidos, locales, muchas veces, sin sentido histórico o al menos susceptible de matices. Hemos de reflexionar sobre si sigue teniendo sentido estudios que analicen la relación entre patrimonio y memoria en la construcción de una historia compartida a la vista de vivir en un periodo cosmopolita y global, o si bien ese universo común es más un horizonte fallido ante la cantidad de nuevos regionalismos y nacionalismos que vienen a dar respuesta a la inseguridad y falta de elementos de una identidad compartida común que aviva la necesidad de tirar para el terruño, con el que se pueden construir microrrelatos más cercanos al ciudadano, con una historia más asequible que asumir y donde la fuerza del grupo pequeño, pero cercano, ayuda a suplir la vorágine de ser un grupo mayor y cosmopolita pero disgregado, donde la gente no se conoce.



La vuelta a la identidad, la memoria y a los imaginarios colectivos de microcosmos como el de la Sierra Minera de Cartagena-La Unión nos invita a reflexionar, por tanto, sobre un fenómeno que también aparece en una escala más grande, global. La historia oficial, hecha a partir de memorias y relatos identitarios individuales que con el tiempo han sido compartidos y hechos propios por un grupo, tiene toda la legitimación histórica y moral de adaptarse a las necesidades del tiempo presente. Es algo tan antiguo como la propia sociedad humana y su necesidad de dejar relatos orales, materiales y escritos sobre su paso por la tierra en generaciones futuras, sobre la gestión del recuerdo y del olvido. Dicha construcción del relato puede partir de un conocimiento real de los hechos del pasado usados para gestionar el presente inestable y el futuro incierto, pero también servirse de relatos más fantásticos, inverosímiles o falsos con la verdad histórica. O incluso ser, como hemos visto para el caso que nos ocupa, un relato mixto, donde a un sustrato histórico real se le añaden elementos nuevos, adulterados, transformados, para un mejor encaje en la realidad presente. Todo ello desde el punto de vista humano está justificado, al igual que el olvido. Parece que Memoria e Historia sean dos realidades que siempre tengan que ir de la mano, alimentando la una a la otra, pero es necesario separar lo que es por un lado una memoria y una historia con fines sapienciales, es decir, que sirvan para un mejor conocimiento del pasado histórico y, por otro, esa memoria e historia que sirven para dar sentido y existencia a las comunidades presentes. A veces ambos relatos confluirán, y ambas memorias irán de la mano. Las más de las veces estarán separadas, algunas veces más y otras menos. En algunos casos, alguna de las memorias muere, hasta que los historiadores la rescatan del olvido pero se queda en parte inservible al carecer de sentido social real, y en otras será debidamente olvidada. Es lo que expone Rieff en un texto sobre la memoria histórica y el derecho al olvido que todas las comunidades tienen para con su pasado (Rieff 2017), si bien se trata de un derecho a olvidar que no tiene porqué implicar, añadiríamos nosotros, un olvido también historiográfico, pues el historiador, como escribano del tiempo y de las memorias y relatos históricos del pasado, sí tiene cierto deber en conservar los documentos que narran esos hechos del pasado para que no caigan en la nada, si bien también el deber de respetar los selectivos olvidos que para las comunidades presentes sean necesarios. Nos encontramos ante un dilema deontológico difícil de resolver y lleno de consecuencias incluso para el presente.

Memoria, identidad e imaginario colectivo y el modo en que construimos relatos históricos mediante el patrimonio cultural implica volver a cuestionar las bases científicas y pragmáticas de la ciencia histórica y de todas aquellas que estudian los paisajes y el patrimonio cultural. La cultura moderna sigue necesitando de monumentos que den sentido a su realidad concreta y contemporánea (Riegl 2007; Choay 2016). Y la Arqueología Contemporánea, más que otras arqueologías, está inserta en el mantenimiento o no de relatos históricos y populares,



en la toma de decisión sobre si mantenerlos vivos o ayudar a su senda hacia el olvido. Sin meramente registrarlos o ayudar en la conformación de un sinfín de recreaciones y relatos vacíos de rigor histórico para satisfacer una necesidad de sentido y pertenencia particular. O ayudar a que ambas corrientes, la popular y la histórica, estén juntas. Pero es un trabajo delicado, difícil y necesitado de mucha más reflexión y trabajo práctico. Esperemos en un futuro poder enriquecer mucho más estos aportes con reflexiones y estudios más asentados.

## BIBLIOGRAFÍA

- Banos-González, I. y Baños, P. (coords.) (2013). *Portmán: del Portus Magnus del Mediterráneo Occidental a la bahía aterrada*. Murcia: Universidad de Murcia.
- Baños, P. (2012). Recorrido histórico sobre la degradación de la Bahía de Portmán. *Documentos de Trabajo de Sociología Histórica*, 1, 1-51.
- Cerdà, P. (2008). *Arqueología Industrial. Teoría y práctica*. Valencia: Universidad Politécnica de Valencia.
- Cerezo, F. y González, Ó. (2016). La Bahía de Portmán, 1700-1950. Usos y configuración de un espacio mediterráneo. En: J. M. López (coord.), *Phicaria. IV Encuentros Internacionales del Mediterráneo. Los puertos mediterráneos: contactos, multiculturalidad e intercambios. Estrategias socioeconómicas, políticas y ecológicas* (pp. 123-156). Mazarrón: Universidad Popular de Mazarrón-Universidad Internacional del Mar.
- Choay, F. (2016). *Alegoría del patrimonio*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Criado, F. (2012). *Arqueológicas. La razón perdida*. Barcelona: Bellaterra.
- Díaz, Á. (2011). *El taller del etnógrafo. Materiales y herramientas de investigación en Etnografía*. Madrid: Universidad Nacional de Educación a Distancia.
- Egea, P. M. (2015). Una perspectiva social de la minería contemporánea en Mazarrón. En: J. M. López (coord.), *Phicaria. III Encuentros Internacionales del Mediterráneo. Minería y metalurgia en el Mediterráneo y su periferia atlántica* (pp. 209-228). Mazarrón: Universidad Popular de Mazarrón-Universidad Internacional del Mar.
- Egea, P. M. (2014). La minería cartagenera: sector clave de la economía regional (1840-1991)". En: E. Nicolás (coord.), *Historia contemporánea de la Región de Murcia* (pp. 169-205). Murcia: Universidad de Murcia.
- Fernández, V. (2000). *Teoría y método de la arqueología*. Madrid: Síntesis.



- Ferrándiz, F. (2014). *El pasado bajo tierra. Exhumaciones contemporáneas de la Guerra Civil*. Barcelona: Anthropos.
- Ferrándiz, F. (2011). *Etnografías contemporáneas. Anclajes, métodos y claves para el futuro*. Barcelona: Anthropos.
- González, Ó. (2016). Portmán, 1950-2015. Historia reciente de un paisaje industrial costero. En: J. M. López (coord.), *Phicaria. IV Encuentros Internacionales del Mediterráneo. Los puertos mediterráneos: contactos, multiculturalidad e intercambios. Estrategias socioeconómicas, políticas y ecológicas* (pp. 157-179). Mazarrón: Universidad Popular de Mazarrón-Universidad Internacional del Mar.
- González, Ó. (2015a). La dimensión tripartita del patrimonio minero-industrial contemporáneo. Ejemplos desde la Sierra Minera de Cartagena-La Unión (Murcia). En: J. M. López (coord.), *Phicaria. III Encuentros Internacionales del Mediterráneo. Minería y metalurgia en el Mediterráneo y su periferia atlántica* (pp. 229-254). Mazarrón: Universidad Popular de Mazarrón-Universidad Internacional del Mar.
- González, Ó. (2015b). Acerca del paisaje cultural. Una aproximación al patrimonio industrial-minero contemporáneo de La Unión en clave paisajística. En: A. Fernández (coord.), *I Encuentro de Jóvenes Investigadores de Arqueología de la Región de Murcia. De la Arqueología Prehistórica a la Arqueología Industrial* (pp. 539-587). Murcia: Universidad de Murcia.
- González, Ó. (2015c). Acerca del paisaje cultural. Una aproximación al patrimonio industrial-minero contemporáneo de La Unión en clave paisajística. En: P. Folguera et al. (eds.), *Pensar con la Historia desde el Siglo XXI. XII Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea* (pp. 6151-6184). Madrid: Universidad Autónoma de Madrid.
- González, A. (2016). *Volver a las trincheras. Una arqueología de la Guerra Civil española*. Madrid: Alianza.
- González, A. (2003). *La experiencia del otro. Una introducción a la Etnoarqueología*. Madrid: Akal.
- González, Ó. y Baño, A. (2014). El estudio y puesta en valor de los paisajes industriales contemporáneos desde la arqueología. Un ejemplo murciano. *Vínculos de Historia*, 3, 370-393.
- Gutiérrez, S. (2001). *Arqueología. Introducción a la historia material de las sociedades del pasado*. Alicante: Universidad de Alicante.



- López-Morell, M. A. y Pérez, M. A. (2010). *La Unión. Historia y vida de una ciudad minera*. Córdoba: Almuzara.
- Lozano, J. A. (1986). *Portmán (Portus Magnus Romano). Pueblo minero del Mediterráneo en la historia cantonal de Cartagena*. Murcia: Novograf.
- Lozano, J. A. (1990). *Portmán II. 1920-1960. (Portus Magnus Romano)*. Murcia: Ayuntamiento de La Unión.
- Quirós, J. A. (dir.) (2013). *La materialidad de la historia. La arqueología en los inicios del siglo XXI*. Madrid: Akal.
- Rieff, D. (2017). *El elogio del olvido. Las paradojas de la memoria histórica*. Barcelona: Debate.
- Riegl, A. (2007) [1903]. *El culto moderno a los monumentos*. Madrid: La Balsa de la Medusa.
- Saura, S. (2004). *La Unión, ayer y hoy*. La Unión: Campobell.
- Saura, S. (2016). *Haciendo memoria. A modo de una etnología de La Unión*. La Unión: Fundación Cante de las Minas y Ayuntamiento de La Unión.

